

ocupaba un gran pensamiento, todos los días hablaba acerca de él con sus colegas y sus ministros, y los miembros del Consejo de estado ó del Cuerpo legislativo, y en fin, con todos los hombres cuya opinion creía útil consultar, refutando uno por uno los sistemas erróneos que le iban proponiendo, con argumentos claros, decisivos y que no tenían réplica.

Al sistema que consistía en mezclarse en asuntos religiosos, respondía que la indiferencia tan encomiada por ciertos hombres que todo lo miran con desden, venía mal en un pueblo donde acababa de verse, por ejemplo, que porque no querían enterrar á una actriz estimada del público habia invadido una iglesia, amenazando con saquearla. ¿Cómo, era pues, posible que el gobierno se mantuviese indiferente en un país que á pesar de que tenia la pretension de serlo, daba pruebas de lo contrario? Por otra parte, ¿de qué medios era preciso valerse para no intervenir en los negocios de religion, cuando los sacerdotes *juramentados ó no juramentados*, disputaban entre sí la posesion de los edificios destinados al culto, y á cada momento estaban invocando la intervencion de la autoridad publica para apoderarse de unos y soltar otros? ¿Qué debia hacerse, cuando el clero constitucional, cuya voz no escuchaba el pueblo creyente, se viese abandonado del todo, y el clero que no habia querido prestar el juramento, y á quien obedecian y acataban, ejerciera exclusivamente el culto, como ya sucedia, y lo practicara en reuniones clandestinas? ¿No seria preciso al fin restituir la potestad temporal del culto á

los que ya hubiesen conquistado el poder espiritual? Y luego era necesario mantener á esos sacerdotes, despojados por la revolucion de sus bienes, y para ello habia que señalárseles sueldo en el presupuesto del estado, ó permitir que organizasen con el nombre de contribuciones voluntarias, un vasto sistema de impuestos, cuyo producto ascenderia á 30 ó 40 millones, cuya distribucion correria á cargo de ellos solos, ó tal vez de una autoridad estraña, sirviendo quizá algun dia sin saberlo el gobierno, para sustentar en la Vendée á los soldados que tomaron parte en la guerra civil. El gobierno tendria, pues, que salir mal á pesar suyo del estado de inaccion; ora para mantener el orden, ora para disponer los edificios del culto, ora en fin, para pagar á los sacerdotes, ó cuidar de que se les pagase; lo cual seria tener á su cargo las molestias que trae consigo el mando, sin ninguna de sus ventajas, sin poder, apoderándose del gobierno de la religion mediante un prudente convenio con la Santa Sede, sin poder, decimos, atraerse al clero, asociarle á sus intentos de reparacion, restablecer el reposo en el seno de las familias, y tranquilizar á los moribundos, á los compradores de bienes nacionales, á los sacerdotes que se hubiesen casado, y por último, á todos los hombres que se habian comprometido por la causa de la revolucion. La inaccion era, pues, segun el modo de ver las cosas del primer consul, un puro sueño, y además un error de que participaban los que no tenían ideas prácticas de gobierno.

En cuanto á crear una iglesia francesa, ia-

dependiente como la inglesa, de toda supremacía estraña, y tener en vez de un gefe espiritual que residiese fuera de Francia, uno temporal que fijara su asiento en París, y no fuese otro que el gobierno, es decir, el primer consul, le parecía una cosa tan fútil como digna de desprecio. ¡El, soldado antes que nada, que blandía espada y calzaba espuelas y daba batallas, iría á hacerse cabeza de una iglesia, especie de papa que tuviera que arreglar la disciplina y el dogma! Sin duda querían que se diese á aborrecer como Robespierre inventor del culto del Ser Supremo, ó que cayera en ridículo como Lareveillere-Lepeaux inventor de la Teofilantropía. Además ¿quién le seguiría? ¿qué fieles compondrían su rebaño? Seguramente no serían los cristianos ortodoxos que formaban el mayor número de católicos cuando ni aun querían oír la voz de buenos sacerdotes que no habian cometido otra falta sino la de haber prestado el juramento prevenido por las leyes. Los únicos que le obedecerían como á gefe de la iglesia serían algunos malos eclesiásticos, algunos monges que habiendo abandonado sus conventos hubiesen frecuentado los clubs y vivido en medio del escándalo, y que abrigasen la esperanza de que se les permitiese casarse. Ni aun tendría en su favor al abate Gregorio, que al mismo tiempo que pedía se restableciese la primitiva iglesia, formaba empeño sin embargo, en que no se cortase la comunión con el sucesor de San Pedro, ni tampoco á Lareveillere-Lepeaux, que quería que el culto quedase reducido á algunos cánticos religiosos, á unas cuantas flores colocadas sobre un

altar. ¡Y esta era la iglesia de que trataban de hacerle gefe! ¡Este era el papel á que querían reducir al vencedor de Marengo y de Rivoli, al restaurador del orden social! ¡Y los amigos asustadizos de la libertad eran quienes le proponían semejante proyecto!.. Pero aun suponiendo que se realizase, lo que por otra parte era imposible, y que á su poder temporal ya inmenso, reuniese el primer consul el poder espiritual, se convertiría en el mas temible de los tiranos, pues sería dueño de las personas y las conciencias, como el sultan de Constantinopla que es á un mismo tiempo gefe del estado, el ejército y la religion. Por lo demas, todo esto era una hipótesis tan vana como inútil, pues lo único que conseguiría sería producir el cisma mas necio de todos; ¿y cómo habia de engendrar un nuevo cisma, algo mas absurdo y no menos peligroso que los anteriores, el mismo que aspiraba á ser el pacificador de Francia y del universo y á poner término á todas las disensiones políticas y religiosas?—Si, decía el primer consul, necesito un papa, pero un papa que consiga la union en vez de dividir, que reconcilie los ánimos, los agrupe y los atraiga al gobierno hijo de la revolucion, en premio del apoyo que en esta hubiese encontrado. Para esto necesito que secunde mis deseos el verdadero papa católico, apostólico, romano, el que se sienta en el Vaticano, y de este modo hallándome al frente de los ejércitos franceses y tratándole con miramiento tendré siempre influencia en la corte de Roma. Así que levante los altares, proteja á los sacerdotes, les mantenga, y les trate como merecen ser tratados en cualquier

país los ministros de la religion, hará lo que yo le pida en interés del reposo general, y calmando los ánimos los reunirá para entregarme á mi su direccion. Todo lo que no sea esto, no hará sino agravar el cisma que nos devora poniéndome en ridículo para siempre.

En cuanto á la idea de empujar la Francia hácia el protestantismo, parecia al primer consul no tan solo ridicula, sino odiosa. En primer lugar, creia que tampoco lo conseguiria, pues segun él, se equivocaban los que creyesen que en Francia podia hacerse todo lo que se tuviera á bien. Este era un error que honraba muy poco á los que lo cometian, pues suponian que Francia no tenia conciencia ni opinion, cuando solo era dado aspirar á hacer solamente lo que exigia las verdaderas necesidades de la nacion. Entregada á turbaciones y alborotos, habia introducido en ella la calma mas completa; presa como la encontró de la anarquía cuando los hombres que dirigian sus destinos no sabian defenderla contra el extranjero, habia dispersado á los anarquistas, restablecido el orden, arrojado á los austriacos y rusos de las fronteras, y proporcionado la paz que todos deseaban con tanta ansia; habia hecho en una palabra que cesasen los escándalos de un gobierno débil y relajado; ¿y era de admirar que le hubiesen permitido que llevase á cabo todo esto? Ademas de que no hacia mucho que en el Tribunado se habian opuesto á que se le suministrasen los medios de purgar los caminos de los ladrones que los tenian infestados. ¿Y habia quien sostuviese á pesar de esto que podria hacer cuanto se le antojara? Esto era un error, pues podia

hacer lo que se acomodase á las necesidades y opiniones que entonces reinaban en Francia, pero nada mas; podia hacerlo mejor que otro cualquiera, mas no habia que pensar en contener el impulso de los ánimos encaminado al restablecimiento de todo lo esencial en una sociedad y especialmente la religion. Mucho puedo en el dia, exclamaba el primer consul, pero si tratara de cambiar la antigua religion de Francia, se volveria contra mí y me venceria. ¿Sabeis cuándo fué hostil el país á la religion católica? Cuando el gobierno de acuerdo con ella quemaba ciertos libros, y enviaba al suplicio á Calas y La-Barre; pero estad seguros de que si me pusiera en contra de la religion todo el país estaria á su lado y lo que conseguiria seria convertir á los indiferentes en verdaderos creyentes, es decir, en católicos sinceros. Tal vez no se burlarian tanto de mí si me inclinase al protestantismo como si quisiera proclamarme patriarca de una iglesia galicana, mas á poco seria objeto del odio público, pues ¿es acaso el protestantismo la religion de nuestros mayores? ¿Es esa por ventura la religion, que al cabo de largas guerras civiles, y despues de mil combates, quedó asegurada como mas conforme que ninguna otra con las costumbres y el genio de nuestra nacion? ¿No es sobrado violento querer constituirse en abogado de un pueblo solo para crearle gustos, hábitos y recuerdos que no tiene, cuando precisamente consiste en estos últimos el principal encanto de una religion? Nunca, decia un dia el primer consul, oigo en la Malmaison la campana de la aldea inmediata sin conmoverme; ¿y quién podria conmoverse en

Francia en esas nuevas iglesias á las cuales nadie ha ido en su infancia, y cuyo aspecto frio y severo se adopta tan poco á las costumbres de nuestra nacion? Hay quien crea que es una ventaja no depender de un gefe extranjero, y se equivoca, pues para todo se necesita un gefe; y no hay una institucion mas admirable que la que mantiene la unidad de la fé y evita hasta donde sea posible las disputas religiosas, ni hay cosa mas aborrecible que una multitud de sectas divididas entre sí injuriándose mutuamente y luchando á mano armada, ó si viven en paz mirándose con ojos de envidia y formando en el estado juntas que se dan apoyo, protegen á los suyos, miran con desvío á sus iguales, y molestan al gobierno con mil dificultades y obstáculos. Las disputas de sectas son las mas insufribles que se conocen, pues la controversia es propia de la ciencia, y la anima conduciéndola á los descubrimientos; ¿mas á qué conducen las disputas sobre religion, sino á la incertidumbre y ruina de todas las creencias? Por otra parte, cuando los espíritus se dirigen en su actividad hácia las controversias teológicas, alejan el pensamiento humano de toda indagacion útil, pues lo absorven todo, siendo muy raro hallar un hombre dado á la teología que se ocupe en los grandes trabajos del entendimiento humano. Las contiendas religiosas son, ó crueles ó sanguinarias, ó estériles y amargas, cuando precisamente lo verdadero y útil en materias de religion es creer sin examinar. La institucion que mantiene la unidad de la fé, es decir, el papa, custodio de la unidad católica, es una institucion admirable, y los que ven un mal en que ese gefe

sea un soberano extranjero no tienen en cuenta que precisamente debemos dar gracias á Dios por esta misma circunstancia. ¿Pues qué, puede haber una autoridad como esa en el mismo pais al lado del gobierno del estado? Esa autoridad si la ejerciera el gobierno equivaldria al despotismo de los sultanes, pero aislado, hostil tal vez á ese mismo gobierno produciria una rivalidad espantosa é insufrible. El papa reside fuera de París, y esto es un bien; y como no tiene su sede en Madrid ni en Viena, toleramos su autoridad espiritual, siendo indudable que lo mismo dirian en Viena y en Madrid, pues, ¿por ventura hay nadie que crea que si el papa residiera en París consentirian en acatar sus resoluciones los vieneses ó los españoles? Es una fortuna que resida fuera del reino sin residir por eso en alguno rival nuestro, sino en Roma lejos de los emperadores de Alemania y de los monarcas de Francia ó España, manteniendo el equilibrio entre los soberanos católicos, inclinándose siempre algun tanto hácia el mas fuerte y alzándose bien pronto si este se convierte en opresor. Esto es obra de los siglos y no puede darse cosa mejor, pues es la institucion mas benéfica que puede imaginarse con respecto al gobierno de las almas; y téngase bien entendido, añadia el primer consul, que no defiende estas cosas por obstinada devocion, sino porque así me lo dicta el raciocinio.—Mi religion es muy sencilla, decia otro dia á Monge á quien queria mucho, y del cual nunca se separaba, mi religion es muy sencilla: me pongo á mirar este universo tan vasto, complicado, y magnífico, y me digo á mi mismo que no puede ser obra de la casualidad, sino de

un ser desconocido y omnipotente, superior al hombre tanto como el Universo con respecto á nuestras máquinas mas bellas. Buscad á vuestros amigos, impetrad sus luces y vereis como á pesar de que son buenos matemáticos y filósofos, no presentarán una razon ni mas fuerte ni mas decisiva que la mia, y que por mas que hagais para destruirla no la debilitareis. Empero esta verdad es demasiado sucinta para el hombre, y como quiere saber acerca de sí mismo y del porvenir que le está destinado, una multitud de secretos que no le revela el Universo, es preciso permitir que la religion le diga todo cuanto necesita saber y respetar lo que ya sabe. Es verdad que lo que sostiene una religion lo niega otras, pero acerca de este punto pienso de distinto modo que Mr. de Volney, pues porque hay religiones que difieren entre sí y que naturalmente se contradicen, saca la deducción de que todas son malas mientras que yo las tengo por buenas al ver que en el fondo son iguales. Solo van descaminadas cuando quieren proibirse unas á otras, y esto es lo que debemos impedir por medio de buenas leyes. La religion católica es la religion de nuestros padres, aquella en que hemos nacido, y puesto que cuenta con un gobierno cuya tarea no puede ser mas noble, que impide las disputas hasta donde es posible impedir las, gobierno que está fuera de Paris, debemos felicitarnos, porque repito, que si es admirable es porque no reside en Viena ni en Madrid sino en Roma. Si hay alguna cosa tan perfecta como la institucion del papado son sin duda alguna las relaciones que pueden establecerse entre la Santa Sede y la iglesia galicana sometida á

ella al mismo tiempo que independiente; sometida en materias de fé, é independiente en cuanto al arreglo de los cultos. La unidad católica y los artículos de Bossuet, hé aqui el régimen religioso que es preciso restablecer; y por lo que hace al protestantismo es cierto que tiene derecho á que el gobierno le proteja con mano vigorosa, así como los que lo profesan; lo tienen á participar de las ventajas sociales, pero no es la religion de los franceses. Los siglos lo han decidido así, de suerte que el que proponga al gobierno que le haga prevalecer, propone una cosa violenta é imposible, además de que ¿qué cosa mas horrible que un cisma? ¿No es altamente perjudicial para una nacion? De todas las guerras civiles que afligen á una nacion ¿cuál es la que lastima mas profundamente los corazones? la que mas turba el reposo de las familias? La guerra religiosa, y por lo mismo debemos hacer que concluya de una vez. Celebrada la paz con Europa, procuremos que no se altere, pero la paz religiosa es mas urgente que ninguna otra, pues cuando la hayamos realizado nada tendremos que temer. Tal vez no nos dejará la Europa tranquilos por mucho tiempo ni llevará en paciencia que seamos tan poderosos como hoy lo somos, pero así que Francia esté completamente unida, como un solo hombre, así que los hijos de la Vendée y de Bretaña formen en nuestros ejércitos al lado de los borguñones, los loresneses y los habitantes del Franco-Condado no tendremos porqué temer á la Europa aunque toda ella se coligue contra nosotros.

Esto era lo que sin cesar estaba diciendo el primer consul á sus consejeros intimos MM.

Cambaceres y Lebrun, que eran de su mismo parecer, á MM. de Talleyrand, Fouché, Rœderer que opinaban de otro modo, y á muchos miembros del Consejo de estado ó del Cuerpo legislativo, quienes por lo general abrigaban distintas ideas. Y en todos sus discursos revelaba el mayor calor, y una constancia sin igual, pues como creía que era sumamente útil y urgente poner término á las disensiones religiosas se dedicaba á ello con el mismo ardor que mostraba en las cosas que eran capitales para él.

Formó, pues, su plan sencillo, ajustado á las reglas de la prudencia, y que fué bastante á cortar la division religiosa que reinaba en Francia, pues las malhadadas disputas que siendo emperador el primer consul, y con la corte de Roma pasaron entre él, el papa y los obispos, sin que alterasen nunca la paz restablecida en la nacion; de suerte que ni aun cuando el papa estuvo prisionero en Fontainebleau, se vió renacer como en otro tiempo dos cultos, dos cleros, y dos clases de fieles.

El proyecto del primer consul, se reducía á reconciliar á la república francesa con la iglesia romana, tomando por base en sus tratos con la Santa Sede, los mismos principios sentados por la revolución. No habria un clero constituido en poder político ó que fuese propietario, pues esto era imposible en 1800, sino un clero consagrado unicamente á las funciones del culto, que disfrutase sueldo del gobierno, y le nombrase este confirmandole el papa: las diócesis quedarian reducidas á sesenta en vez de las ciento cincuenta y ocho que en otro tiempo existieron en el territorio de

la Francia antigua y moderna; y en lugar de los parlamentos abolidos, quedaria á cargo de la autoridad civil, correria el arreglo y buena direccion del culto, pasando al Consejo de estado les negocios eclesiásticos; tal era el plan del primer consul. Esto era resucitar la constitucion civil decretada en 1790, con las modificaciones indispensables para que la aceptase Roma, es decir, con obispos nombrados por el gobierno ó instituidos por el papa, en vez de otros elegidos por los fieles, y con una promesa general de sumision á las leyes en vez de un juramento de obediencia á tal ó cual institucion religiosa; juramento que sirvió de pretesto á los sacerdotes malévolos ó timoratos para suscitar casos de conciencia. En una palabra, esto era verdadera reforma del culto, la reforma á que debió limitarse la revolucion para que el papa pasase por ella, condicion que era preciso no despreciar, pues era imposible plantear ninguna institucion religiosa á no mediar un convenio sincero con Roma.

Hay quien ha dicho (1) que á esto le faltaba una cosa capital, que era exigir que los obispos nombrados por la potestad civil, fuesen aceptados de grado ó por fuerza por el papa; pero en tal caso se hubiera debilitado gravemente el gobierno espiritual de Roma, cosa que no convenia. Al nombrar el poder civil un obispo, designa á la persona en quien reconoce, al mismo tiempo que las cualidades morales de un pastor, las cualidades politicas de un buen ciudadano, que respeta y hará respetar las leyes del pais, y al papa toca decir si en esa persona reconoce al sacerdote or-

(1) El abate de Pradt en los Cuatro Concordatos.

todo lo que debe enseñar las verdaderas doctrinas de la iglesia católica. Querer fijar un plazo de algunos meses, pasado el cual se consideraría como concedida la autorización del papa, hubiera sido arrebatarse su autoridad espiritual y renovar nada menos que la memorable y terrible disputa de las investiduras. En materias de religión hay dos autoridades: la autoridad civil del país en que se ejerce el culto, que cuida de la observancia de las leyes y del sosten de los poderes establecidos, y la autoridad espiritual de la Santa Sede, encargada de conservar la unidad de creencia, siendo necesario que las dos intervengan en la formación del clero. Es verdad que algunas veces no quiere la Santa Sede instituir los obispos elegidos para obligar al gobierno temporal á que acceda á sus miras; pero este es un abuso aunque inevitable pasajero, y también puede cometer errores la autoridad civil, como se vió en tiempo del mismo Napoleón, restaurador tan ilustrado como decidido de la antigua iglesia católica.

Nada pues, dejaba por desear el plan del primer consul por lo tocante al establecimiento definitivo del culto; pero era preciso ocuparse en la transición, es decir, en el paso del estado presente al inmediato que querían crear; ¿y qué debía hacerse con respecto á las sedes existentes? cómo atraerse á todos aquellos eclesiásticos, obispos ó simples sacerdotes, *juramentados* unos y adictos á la revolución, practicando públicamente el culto en las iglesias, y otros *no juramentados*, emigrados ó que habían regresado á Francia, desempeñando clandestinamente las funciones propias

de su ministerio, y hostiles en su mayor parte? El general Bonaparte recurrió á un sistema, cuya adopción era sumamente difícil por parte de Roma, porque en el transcurso de diez y ocho siglos, nunca había hecho lo que iba á proponerse. El indicado sistema se reducía á abolir todas las diócesis existentes, para lo cual se dirigiría el papa á los titulares antiguos que aun vivían, pidiéndoles que hiciesen dimisión: si rehusaban, los depondría, y entonces se señalarían en el mapa de Francia sesenta diócesis nuevas, cuarenta y cinco de las cuales serían para obispados y quince para arzobispados. El primer consul debía nombrar sesenta prelados, sacados indistintamente de entre los *juramentados* ó *no juramentados*, aunque más de estos últimos, porque eran en mayor número y los fieles los querían mejor que á los otros. Escogidos unos y otros entre los eclesiásticos dignos de obtener la confianza del gobierno, respetables por sus costumbres y reconciliados con la revolución francesa, los prelados que nombrase el primer consul, debían ser instituidos por el papa y entrarían sin detención á desempeñar sus tareas bajo la vigilancia de la autoridad civil y del Consejo de estado.

En el presupuesto del estado se les señalaría un sueldo proporcionado á sus necesidades, en cambio de lo cual debía reconocer el papa como válida la enagenación de los bienes de la iglesia, prohibir á los sacerdotes que molestasen á los moribundos con malignas sugerencias, reconciliar con Roma á los eclesiásticos casados, en una palabra, ayudar al gobierno á que pusiese fin á todas las calamidades de la época.

Este plan era completo, y solo le faltaban algunos detalles para que fuera excelente tanto en la actualidad como para el porvenir, puesto que reorganizaba la iglesia hasta donde era posible, tomando por modelo el estado, y aspiraba á llevar á cabo la fusion de los individuos, tomando en todos los partidos á los hombres prudentes y moderados, que preferian el bien público á su obstinacion revolucionaria ó religiosa; pero pronto se verá cuán difícil es hacer bien aun cuando sea necesario, aun cuando sea una necesidad real y urgente, pues por desgracia, no porque sea una necesidad ha de ser tambien una nocion clara, evidente, y no sujeta á disputas.

Por parte de Francia habia que salvar un obstáculo, cual era el de convencer ó hacer callar á los que de todo se burlaban, á los sectarios que aun vivian de la filosofia del siglo XVIII, á los antiguos jansenistas convertidos en sacerdotes constitucionales, y por último, á generales imbuidos en vulgares preocupaciones. Por parte de la Santa Sede se presentaba otro obstáculo, pues habia que luchar en Roma con los que queria ser fieles á los precedentes, con los que temian tocar al dogma si tocaban á la disciplina, con los que abrigaban escrúpulos religiosos verdaderos ó fingidos, y sobre todo, con los que estaban resentidos de nuestra revolucion, y particularmente era preciso destruir la especie de complacencia con que era tratado el partido realista francés compuesto de emigrados, sacerdotes ó nobles, que ó residian en la ciudad pontificia ó mantenian correspondencia con ella espresando sus apasionadas quejas contra Francia, y el nuevo orden

de cosas que empezaba á establecerse en ella.

El primer consul insistió en su plan con una firmeza y una paciencia que nada pudo desarmar durante aquella larga y trabajosa negociacion, tan larga y trabajosa que no se habia conocido otra igual en la historia de la iglesia, pues nunca se habian hallado en circunstancias mas graves el poder temporal y el espiritual, ni estado á su frente personas mas dignas.

Por singular designio de la Providencia, aquel jóven tan sensato y profundo en sus miras; pero tan arrebatado cuando se proponia llevar a cabo una cosa, se encontraba colocado en la escena del mundo en presencia de un pontífice de una virtud extraordinaria, de una fisonomia y un carácter angelicales, pero de una tenacidad capaz de arrostrar hasta el martirio, cuando creia comprometidos los intereses de la fé ó de la corte romana. Su rostro animado y dulce á un mismo tiempo, espresaba la sensibilidad, algun tanto exaltada de su alma, y de edad de sesenta años, escaso de salud, con la cabeza inclinada sobre el pecho, dotado de una mirada fina y penetrante, y de un lenguaje gracioso, era muy digno representante, no de esa religion imperiosa que en tiempo de Gregorio VII mandaba y merecia mandar á la Europa barbara; sino de esa religion perseguida que no teniendo ya en sus manos los rayos de la iglesia, solo podia aspirar á ejercer el influjo que da la persuasion.

Un impulso secreto le movia á apreciar al general Bonaparte, pues como hemos dicho en otro lugar, ya se habian visto y hablado durante las guerras de Italia, y como hallase en él Pio VII



obispo á la sazón de Imola, en vez de uno de esos feroces guerreros vomitados por la revolución francesa, á quienes se tenía en Europa por profanadores del altar, y asesinos de sacerdotes emigrados, á un jóven de genio que hablaba como él la lengua italiana, que demostraba tener sentimientos muy moderados, que cuidaba del mantenimiento del órden y respetaba los templos, y lejos de perseguir á los sacerdotes franceses, se valia de su poder para obligar á las iglesias italianas á que los recibiesen y mantuvieran; admirado y lleno de alborozo el obispo de Imola, contuvo el espíritu de insubordinación de los italianos de su diócesis, y pagó al general Bonaparte los favores que este habia hecho á su iglesia. La impresion que causaron al obispo aquellas primeras relaciones, nunca se borró del corazón del pontífice, é influyó en la conducta que observó para con el general cuando fué consul y emperador, lo cual prueba terminantemente que nunca es perdido el bien que se hace, sea cual fuere la importancia de ese mismo bien. Mas tarde, en efecto, cuando se reunió el cónclave en Venecia para nombrar el que debia suceder en la silla pontificia á Pio VI que murió hallándose en Valencia en clase de prisionero, influyó de un modo providencial, por decirlo así, en la elección del nuevo papa, el recuerdo de los primeros actos del general que mandaba el ejército de Italia.

No se habrá olvidado que próximamente en los mismos momentos en que el cónclave elegia á Pio VII esperando hallar en él un conciliador que uniese á Roma con Francia, y terminase

quizá los males que la afligian á la iglesia, ganaba el primer consul la batalla de Marengo, con lo cual al mismo tiempo que se hacia dueño de Italia, acrecentaba el dominio moral que ejercia en Europa. Además, envió un emisario, el sobrino del obispo de Verceli para que anunciase sus intenciones al pontífice recientemente elegido, diciéndole que mientras se hacia un arreglo ulterior, existiria de hecho la paz entre Francia y Roma bajo el pie del tratado de Tolentino firmado en 1797, que no volveria á hablarse de la república romana inventada por el Directorio, y que restablecida la Santa Sede, seria reconocida por los franceses como antes de la revolución. En cuanto á la cuestión de saber si serian devueltas á la iglesia las tres grandes provincias de Bolonia, Ferrara y la Romanía, no dijo el primer consul ni una palabra; pero como recobrando el papa su trono podia decirse que ya estaba hecha la paz, abandonó lo demás á lo que dispusiese la Providencia. El primer consul mandó tambien á los napolitanos que evacuasen los estados pontificios, y efectivamente los evacuaron, excepto los enclavados de Benavente y Puente Corvo, y previno á sus generales que siempre que tuvieran que hacer algún movimiento por los alrededores de Napoles y Otranto, respetasen los estados romanos, enviando además á Murat que mandaba el ejército francés de la Italia Baja, á que fuese á arrodillarse al pie del trono pontificio. Monseñor Consalvi no se equivocó en sus predicciones, y fué premiado ámpliamente, pues así que llegó á Roma, el papa le nombró cardenal secretario de estado, ó lo que es lo mismo,

primer ministro de la Santa Sede, destino que conservó durante gran parte del pontificado de Pio VII.

De resultas de estos sucesos, milagrosos en cierto modo, á petición del primer consul, envió el papa á París á monseñor Spina, sacerdote genovés, astuto, devoto y codicioso, para que tratase de todos los negocios políticos y religiosos, sin darle al principio caracter oficial, pues el santo padre á pesar de la inclinacion que tenia al general Bonaparte, y de lo mucho que deseaba se verificase un acomodamiento, temia confesar las relaciones que iba á entablar con la república francesa. Mas á poco tiempo, cuando vió llegar á París en pos de los ministros de Prusia y España á los de Austria, Rusia, Baviera, Nápoles y otras cortes, el santo padre no vaciló ya y permitió á monseñor Spina que se revistiese de un caracter oficial y confesase el objeto que le llevaba á la capital de Francia. El partido emigrado francés puso el grito en el cielo, haciendo esfuerzos, aunque inútiles, para impedir la reconciliacion de la iglesia con Francia, pues sabia que si le faltaba el recurso de la religion para turbar los ánimos, perderia su mejor arma; pero Pio VII aunque pesaroso, y aun intimidado algunas veces con aquellas quejas, se mostró resuelto á anteponer el interés de la religion y de la Santa Sede á cualquiera consideracion de partido, sin embargo de que le hacia desmayar algun tanto en medio de su escelente resolucion la vaga é insensata esperanza de recobrar las Legaciones que perdió cuando se firmó el tratado de Tolentino (1).

(1) No hay negociacion ni mas curiosa ni mas digna de sor-

Monseñor Spina tenia orden de ganar tiempo, para ver si dueño como ya lo era el primer consul de Italia, y pudiendo disponer de ella á su antojo, le ocurría el feliz pensamiento de restituir á la Santa Sede las Legaciones, pues lo mismo que el primer consul solia decir, alimentaba en Roma esperanzas que no era su animo dar.—Que el santo padre confie en mí, repetia con frecuencia, que se eche en mis brazos, seré para la iglesia un nuevo Carlo Magno.—Sies un nuevo Carlo Magno, respondian algunos sacerdotes que sabian muy poco de los negocios del siglo, que lo pruebe devolviéndonos el patrimonio de San Pedro.

Desgraciadamente se equivocaban en sus cálculos, pues el primer consul creia que habia hecho mucho con restablecer al papa en Roma, devolviéndole trono y estado, y ofreciendo entrar en tratos con él para el restablecimiento del culto católico; y efectivamente habia hecho mucho, si se toma en cuenta el estado de los ánimos tanto en Francia como en Italia. Si los patriotas france-

meditada que la del concordato, ni existe una acerca de la cual haya mas documentos en los archivos franceses, pues ademas de la correspondencia diplomática de nuestros agentes, y sobre todo de la del abate Bernier, poseemos la de monseñor Spina y el cardenal Caprara con el papa y el cardenal Consalvi. La última vino á parar á nuestro poder en virtud de un artículo del concordato, en que se decia que en caso de un rompimiento se quedarían en Francia los archivos de la legacion romana. Las cartas de monseñor Spina y del cardenal Caprara, escritas en italiano, son uno de los monumentos mas curiosos de aquel tiempo, y ponen de manifiesto el secreto de las negociaciones religiosas de aquella época, secreto que aun en el dia no es bien conocido, á pesar de las diferentes obras que se han publicado sobre esta materia.